

# COSTUMBRES POPULARES EN LA ISLA DE MALLORCA.

## PERMANENCIA Y CAMBIO

ANDREU RAMIS PUIG-GROS

Con este número dedicado a Mallorca, *Narria. Revista de Estudios de Arte y Costumbres Populares* cierra prácticamente un ciclo iniciado en 1975 en la comarca de La Vera (Cáceres). A lo largo de treinta años, la publicación dirigida por Guadalupe González-Hontoria y Allendesalazar, desde su atalaya del Museo de Artes y Tradiciones Populares de la Universidad Autónoma de Madrid, ha trazado un itinerario por recovecos, comarcas, países y naciones del solar hispano.

Mi aportación, incluso ante el riesgo de ser recurrente y reiterativo, pretende aportar un texto reflexivo sobre las costumbres mallorquinas a lo largo de los últimos treinta años. A continuación siguen unos apuntes breves y rápidos sobre algunos temas que han sido centrales en *Narria* y también objeto de observación por una buena parte de la nómina de folkloristas, etnógrafos y antropólogos de nuestras islas.

La realidad del habitante de las islas, a principios del tercer milenio, es fruto de las paradojas y las contradicciones que la historia impone a las maneras de entender el mundo. La construcción de la propia realidad —de la identidad—, como siempre, pero ahora más que nunca, es el producto de la confrontación entre la herencia del pasado (el patrimonio y la tradición) y las aportaciones contemporáneas de la época y el mundo que nos ha tocado vivir. La conjunción y el difícil equilibrio entre la

herencia vertical y la herencia horizontal, a la cual se refiere Amin Maalouf, es el pilar principal de la construcción donde los hombres y las mujeres se buscan a ellos mismos; la columna vertebral (espinazo) de los lugares comunes frente a la alteridad creciente; el eje del mundo donde nos sujetamos para hacer posible el futuro de la memoria.

Hoy por hoy (con un tercio de la población nacida fuera de las islas y más de diez millones de visitantes al año), hablar de antropología de las islas Baleares significa aún hablar de tradición, hablar de memoria y hablar de patrimonio. Para estudiar la realidad multicultural y contemporánea, las iniciativas no pasan de ser islotes dentro de la relativamente amplia corriente de miradas retrospectivas, centradas en la tradición que permanece en el mundo rural (2,5% de la población activa ocupada) y en las imágenes congeladas en las placas que ilustran las nuevas y preciosas ediciones en papel couché.

Esta realidad evidencia que la antropología en nuestras islas padece una grave crisis de identidad —si es que alguna vez la tuvo—. Mientras el mundo da vueltas y sigue su camino, los neofolkloristas continúan con las disquisiciones sobre la cultura «propia», debaten sobre identidad (¿cuál?) y algunos hacen arqueología en los yacimientos de la memoria.

La realidad cultural de estas islas, construida por antropólogos y folklo-

ristas, nos sitúa ante territorios, descubiertos por viajeros románticos, que quedaron al margen de la modernidad que se agitaba en centroeuropa. A medida que se alejaban los paraísos perdidos de las colonias (cargadas de exotismo y primitivismo), se redescubría el carácter primigenio, no corrompido por el progreso, en las pequeñas e inocentes islas del Mediterráneo. La tradición de los viajes era reinterpretada por los folkloristas autóctonos a través del continuado viaje hacia la tradición. De esta percepción se podría desprender la idea de que las islas han permanecido fuera del mundo y de la historia. Nada más lejos de la realidad. La especial situación central de las islas en el Mediterráneo occidental y su accesibilidad incorporan relatividad al aislamiento. Desde la Ebusus púnica hasta la Unión Europea, el desaislamiento, impuesto o deseado, ha sido una constante. Por el contrario, lo que sí es una evidencia antropológica es la visión microcósmica, el localismo, la centralidad de cada isla entre las propias islas, el insularismo político y cultural, la mirada a la espalda, la falta de un sentimiento común.

En un país unido por la continuidad del mar, de flujos y reflujos, de idas y venidas, de oleadas sucesivas de culturas y civilizaciones, de andalusíes y bereberes, de pisanos y catalanes, de marineros y cartógrafos, de judíos, de esclavos de

todas las naciones, de míticos puer-tos *de la cibolla*, de mercaderes y corsarios, de «ir y venir de Liorna», y cansados de ir a hacer las amé-ricas, hasta la segunda mitad del siglo XX, los isleños mantuvieron una aver-sión casi atávica al mar y a la costa (*«la mar fa forat i tapa»*). Un rechazo que se traduce en la división que se hace del mundo, esto es, *Mallorca y fuera de Mallorca*, y que se revive en las conmemoraciones del año de la desgracia o con las fiestas de moros y cristianos, pero también en la dis-tribución inicial de buena parte de los asentamientos urbanos (amura-llados o alejados de la costa) y en la arquitectura defensiva (torres de señales y torres de defensa).

Con la consolidación de la econo-mía turística, se invirtió el ordena-miento del espacio. Surgieron las concentraciones urbanas sobre la costa, crecieron las ciudades. En Mallorca se quebró la dicotomía entre la ciudad y los pueblos del interior y se generalizaron las pautas de la cul-tura urbana. A pesar de ello, predom-inó la tradición del aislamiento fren-te a la tradición de la encrucijada. El mundo era nuestro mundo y nos dejamos observar de manera displi-cente. Tanto daba si eran aristócratas, *hippies* o turistas alemanes.

En un pequeño país de islas, apre-ciadas internacionalmente por su sol y sus playas, y promocionadas infin-itamente por sus paisajes —aunque ahora nos parezca paradójico— el descubrimiento del paisaje fue un hecho reciente. Éste es un fenóme-no romántico, una construcción de la mentalidad urbana. El hombre autóctono (éste que los folkloristas situaron fuera de la historia) nunca llegó a descubrir el paisaje porque él mismo era paisaje. En las islas, el espacio está totalmente ocupado por el hombre. No hay paisaje natu-ral. Todas las imágenes —desde las placas estereoscópicas hasta el últi-mo píxel almacenado en DVD— constatan que, a lo largo de los sig-los, el paisaje ha surgido y continúa transformándose por el trabajo y los aciertos y desaciertos de las genera-ciones.

Las características biogeográficas contribuyeron de manera esencial en mantener una forma de vida basada en el autoabastecimiento, con la agricultura y la ganadería como bases de la economía rural, complementada por la caza y la recolección y con una importancia muy relativa de la pesca. Antes que la tierra pasara de ser un bien de producción a ser, casi de forma exclusiva, un bien de cambio, la existencia generalizada de las *pos-sessions* en Mallorca y de los *llocs* en Menorca condicionó que estas unidades pasaran a ser unidades de propiedad, vivienda y producción con una organización socioeconó-mica y con una estructura jerárquica muy precisa (señor, amo, mozo de labranza, jornalero...). A partir de esta realidad, surgió el interés de la arquitectura como lugar de vivienda, pero también como núcleo del espa-cio agrario, destinado a la explota-ción agrícola y ganadera, que fue construyéndose a partir de los mate-riales que proporcionaba el entorno inmediato. Los desniveles del relie-ve y las parcelaciones se resolvieron básicamente mediante el dominio de la técnica de *paret seca* que provee de *marges* (muros de bancal), *tim-bes* (despeñaderos), *pujadors* (subi-deros) y paredes que generan espa-cios aptos para la agricultura y la ganadería. En la zonas húmedas se aplicaron técnicas de drenaje: *albe-llons*, *feixes* (hazas), *safareigs* (albercas) y el uso de norias y moli-nos «*de remell*» —ahora reconverti-das en estampas de promoción turística—. Los cultivos coloniales, implantados a finales del siglo XIX, proporcionaron en su decadencia estampas tan preciadas como los campos de almendros en flor...

La arquitectura rural se caracte-riza básicamente por la adaptación al medio, el aprovechamiento de los materiales del entorno inmediato y la capacidad de crecimiento por adi-ción. Un hecho importante fue la concepción de la casa como unidad económica o como forma represen-tativa de una manera de vivir. La barraca, la «*caseta de sequer*», la

casa de campo con una o dos ver-tientes y la casa «*possessió*» con la casa de los señores, la casa de los amos, las instalaciones agrícolas y ganaderas (almazaras, graneros, carboneras, azufradoras, sesteade-ros, establos, boyeras, pocilgas, apriscos, lavanderías, hornos, ama-sadores, almacenes de quesos, despensas, bodegas y molinos), són ejemplos representativos de la gran diversidad formal a la que dieron lugar los distintos condicionantes físicos y humanos.

Las construcciones tradicionales tienen características peculiares en cada isla: en Mallorca se caracteri-zan por la tipología urbana de la casa de dos vertientes con cubierta de teja. La «*possessió*» ordena las instalaciones representativas, de vivienda y de uso agrícola y ganade-ro alrededor del patio. Cuando está situada cerca del mar, suele ir acom-pañada por una torre de defensa. En Ibiza, una arquitectura modular, pre-racionalista, de formas extremada-mente ricas por su sencillez, com-parte con Menorca los espacios de transición y el color blanco de la cal. Actualmente se reproduce, se repre-senta y se reedita en clave de arqui-tectura mallorquina, menorquina o ibicenca. El retorno a la tradición se torna paroxismo paisajístico en unas islas donde la propiedad de la tierra es consustancial al propio ser y don-de las segundas y terceras residen-cias se hacen imprescindibles («*caseta mia, per pobra que sia*»).

En el espacio urbano, a la sombra de las grandes casas señoriales, las calles de traza medieval fueron madriguera de las más diversas for-mas culturales de trabajo. Las distin-tas ciudades y pueblos contaron con una gran diversidad de oficios artesa-nales, que abastecían la comunidad de los productos más variados, y espacios de intercambio y comercio que, hoy día, han pasado a ser topó-nimos de difícil comprensión (*Ferre-ria*, Herrería; *Bastaixos*, Faquines; *Paners*, Cestos; *Quartera*, Alhóndi-ga; *Banc de s'Oli*; *Gabella de la Sal*, etc.). Hoy, los productos de consumo habitual se encuentran en las gran-

des superficies comerciales periurbanas que han substituído plazas y colmados. Las ferias y los mercados han pasado a ser visita obligada de los turistas y lugares de peregrinación de urbanitas ociosos que reencontran periódicamente sus raíces en las paradas de objetos cotidianos que han cambiado su carácter utilitario en funcionalidades simbólicas.

En una sociedad occidental, con pautas de consumo firmemente implantadas, la limitación de los recursos es también una de las evidencias que se hacen patentes en el microcosmos mental de los isleños. El recurso escaso por excelencia de la zona meridional del Mediterráneo es el agua. Un hecho —una realidad física— que ha generado una verdadera cultura. Desde la captación hasta el consumo ha reportado un amplísimo conjunto de recursos y soluciones de plasticidad destacable y riqueza patrimonial indiscutible. Tejados, terrazas, fuentes, canales, canaletas, cisternas, aljibes, abrevaderos, estanques, saetines, lagunas, balsas, pozos, norias, molinos... son términos que, hoy por hoy, sólo llenan el acervo de la lengua.

La obsesión actual por la inmediatez, la cultura *on-line* y la inexorable tendencia al fast, se contraponen y se superponen al tempo insular. Quemar el tiempo ha substituído la sensata habilidad de tomar el tiempo con mesura. Medir el tiempo ha sido seguramente una de las obsesiones del hombre. Más allá de la dimensión histórica, que los isleños han definido con difusas concepciones de clara connotación etnocéntrica («*en tiempo de los moros*», «*cuando San Pedro y Jesús andaban por esos mundos*»...), pesan las maneras populares de contar la trayectoria vital. *Antaño, cuando éramos chicos*, son expresiones vagas sólo interrumpidas por el rito de paso (fijadas en las placas de vidrio) que daban transcendencia a los ritos religiosos y civiles que marcaban las etapas de la vida: nacimiento, quintas, el matrimonio y la muerte.

La digitalización del tiempo se contrapone igualmente a las formas tra-

dicionales de medición de la jornada con una rica gradación del lenguaje (hoy día substituída por la sosa tendencia de reducir el tiempo a horas, minutos y segundos) alba, «*gran día*», noche, «*de bon matí*», «*migdia*», tarde, atardecer, anochecer, «*ser fosca negra*», «*sol alt*»... que, incluso, se traducen sobre el suelo con los topónimos presentes en la cartografía: es *Puig des Migdia*.

Cuando el tiempo a medir se prolongaba, entraba en vigor el calendario agrícola que marcaba los ritmos naturales a lo largo del año. La cosecha del año lo marcaba todo: la siembra y la cosecha, la caza y la veda, los alimentos de cada día, las ferias y los mercados, el ocio y el negocio, el trabajo y el sarao... y marcando el ritmo, las fiestas. Un espacio donde se proyecta la sociedad con las características que se han ido acumulando a lo largo de la historia. En este sentido, la fiesta pasa a ser también una realidad viva, un fenómeno cambiante empapado por las trazas de las culturas antiguas que se funden en un crisol de diversas y ricas manifestaciones rituales y plásticas. Hoy por hoy, el orden actual es fruto de la superposición de diversos calendarios históricos que, obviamente, reflejan las características de una determinada cultura.

En las islas el año empezaba y empieza en septiembre. Aparejar el campo, desbrozar, se acaba la temporada turística, labrar, sembrar, las ferias de otoño, preparar el año, el inicio del curso escolar, engordar del cerdo. Fiestas de transición, Todos los Santos y Las Vírgenes, flores en la Rambla y en los cementerios, paradas de buñuelos, los rosarios de calabazate en el colegio, todo ayuda a empezar el invierno. La noche se alarga y llegan las fiestas del fuego y del cerdo, donde se combinan pervivencias ancestrales con costumbres gastronómicas. El fuego, presente en el hogar, en torno al cual se configura la arquitectura social, sale a la calle. Prenden las fogatas y las hogueras, que se encienden por doquier, desde Santa

Catalina hasta San Sebastián (cuando el día se alarga «*una passa de ca*»), pasando por la catarsis de San Antonio («*una passa de dimoni*»), el santo payés por excelencia, que comparte protagonismo con los demonios. Las fogatas que también protagonizan las fiestas de Navidad y Fin de Año (sibilas y *neules*) y el día de la matanza del cerdo. Antes de la irrupción de los alimentos congelados, las latas y el *fast food*, la matanza o *porquejades* fueron un hito clave para comprender la dieta alimentaria de la payesía. La carne de cerdo ha sido, durante siglos, la única aportación proteínica que, a partir de embutidos, salazones y fiambres, se aportaba a la alimentación diaria, a parte de la carne fresca que se consumía por las fiestas de Navidad, Pascua o las fiestas patronales de verano. Esta necesidad fue la que generó la variedad de embutidos conservados mediante la utilización de sal y especias (*sobrassada*, *llonganissa*, *carn i xulla*, *varia negra*, *botifarra* y *botifarrons*, *blanquets*, *camaïot*, etc.) y de los salazones (*ossos*, *xulla*, *potons*, *carota*) que se consumía a lo largo del invierno hasta los últimos días de carnaval. Hoy, los púdicos excesos del carnaval, con comparsas inspiradas en la iconografía de la actualidad internacional, pierden sentido ante la amplia y constante oferta de ocio.

La primavera Pascual precedida de la austera y desintoxicante (biológicamente y espiritualmente) cuaresma con la gastronomía a base de salazones de pescado (bacalao y arenque) y frutos de la huerta (tortillas de espárragos, cocas y *cocarros* de verdura), la *Jaia Corema* y la *Jaia Serrada*, los quesos, y el requesón, y todo culmina con el rito del cordero pascual (frito, empanadas, *robiols*, *flaons*, *crepsells*...). Fiestas religiosas de recogimiento, penitencia, procesiones, pasos y cofradías, tinieblas, vía crucis y muerte, contrapuestas a la alegría de la resurrección, encuentros, gloria, luz, letanías, color, romerías, retorno a la naturaleza, ramos, fiestas de la cruz, bendiciones de frutos, ... inicio de la

temporada turística, mes de María, alfombras de flores, el Corpus y *Les Àguiles*.

Llega el esquileo y reemprenden las ferias, se preparan para la cosecha («*pel maig, a segar vaig*»; y «*pel juny, la falç al puny*»). El final del curso escolar. Se inicia el ciclo de les bísties. Llega el solsticio de verano, las faenas del campo de sol a sol, temporada alta, las fogatas de la noche de San Juan, las fiestas de caballos en Menorca, la trilla, las fiestas de *les mesurades*, las *revettes*, el santoral de verano, los bailes dels *cossiers* y los *cavallets*, las *beer strasse* y la eclosión de las verbenas —la vida nocturna—: San Pedro, San Jaime, San Roque, La Virgen de la Asunción, San Bartolomé, San Agustín, La Mare de Déu de setembre (la de los *missatges* o de *les llogues*), y San Miguel, y de San Miguel a Navidad, empieza un nuevo ciclo.

La historia ha causado heridas que también han quedado marca-

das en el calendario. Las diadas conmemorativas son esencialmente hitos del calendario, fechas significativas, cargadas de cierta solemnidad ritual que las singulariza. Desde el punto de vista antropológico, las fiestas son también un acto de afirmación colectiva. Remembranzas míticas en torno a las cuales se identifican los herederos de los que vivieron la historia antes que fuera escrita: la procesión de los *tres tocs* y la diada de San Antonio a Ciutadella; la fiesta de *l'Estendart* en Palma y *l'alt Rei En Jaume*; las *valentes dones de Can Tamany*, y los moros y cristianos en Sóller; la procesión del día de San Ciríaco en Eivissa; el héroe Joan Mas y más moros y más cristianos en Pollença.

Hoy por hoy, la multiculturalidad histórica se transforma ante la multiculturalidad contemporánea, propiciada por los profundos cambios sociológicos y la inmersión en la red

mediática global. Las formas de vivir el espacio y el tiempo de manera peculiar han pasado a ser reliquias y la homogeneidad de las partes pasa a ser un todo homogéneo, y la diversidad cultural de las islas ha pasado a ser un inventario de manifestaciones patrimoniales que se venden a los visitantes como muestras de interés turístico.

Pero esta visión no puede llevarnos al desencanto. Rememorar las formas de vivir el espacio y el tiempo es el pilar de la cultura que se hace verbo y se hace texto. Y la herencia vertical, de la que hablábamos al principio, viene implícita en la lengua en estas islas. Los fenómenos culturales, las estructuras sociales, las creencias, incluso los símbolos y los valores, están sometidos al cambio y a la evolución constantes. Lo que realmente importa es mantener la capacidad de transmitirlos. El futuro es, simplemente, deseo.